

Mis cantantes de ópera preferidos

Por ENRIQUE GUARNER

DESDE sus inicios la esencia de la ópera es el canto y la fuerza expresiva que posee la voz humana. Doy por descontado que los sonidos musicales escritos por los diferentes compositores se modifican de acuerdo al autor que los produjo. Así vemos que Claudio Monteverdi hizo que se introdujera lo monofónico dentro de la simetría; Cristóbal Gluck trajo la austeridad y Mozart la elegancia con el encadenamiento de las voces. Bellini nos dejó las florituras que contrastan con la fuerza apasionada de Giuseppe Verdi. El encanto está plasmado por Jules Massenet. Los arrebatos dramáticos orquestales de Ricardo Wagner y las emociones efusivas parten de Giacomo Puccini. A pesar de las variantes en cuanto a los estilos de estos grandes músicos, son las laringes de los cantantes las que predominan y vamos a escuchar en cualquier ópera.

Aunque la mayoría de los vocalistas se especializan en los tres principales repertorios, o sea, el italiano, el alemán o el francés, todos tienen que adaptarse a los distintos periodos de la evolución operística y pocos son los que pueden considerarse con un poder absoluto. Entre los que más se aproximan a esta cualidad se halla Enrico Caruso, quien sin exagerar las notas se constituyó en la gloria del tono, siendo capaz de abarcar un catá-

logo amplísimo que incluyó casi todos los dramas líricos conocidos en su época. Hoy en día todavía podemos captar lo anterior por medio de la regrabación de sus discos, donde percibimos el fraseo impecable, el dinamismo de sus actuaciones, carentes de cualquier exceso evitando el grito desaforado, o el abuso del llanto exagerado en el "Ríe Payaso". Es por esta razón por la que Caruso mantuvo una dignidad a la que solamente se asemeja en la actualidad Plácido Domingo.

Otro artista que como él fue favorecido por la naturaleza era Ezio Pinza, a quien conocimos en México a fines de los cuarentas en su interpretación del "Don Juan" de Mozart. Su voz nunca tuvo la necesidad del "emplazamiento" porque se producía sin ninguna artificialidad. En otras palabras, el volumen de este bajo resultaba inherente porque con precisión y claridad entonaba cualquier aria. Sin embargo, durante mucho tiempo se insistió en que apenas sabía leer las partituras y requería de un adiestramiento especial. Si esto fue cierto, mi admiración hacia Pinza se incrementa puesto que su repertorio era amplísimo incluyendo todos los italianos, franceses hasta Wagner.

Un contemporáneo del anterior, Lauritz Melchior poseyó una increíble suntuosidad de tonos difícil de igualar. Al escuchar sus discos me fascina su poder y seguridad cantando las arias wagnerianas. Entre las anécdotas que se cuentan sobre Melchior está aquella de que se dormía en la proa de la embarcación durante el primer acto de "Tristan e Isolda", lo cual desencadenaba el mal humor de la soprano Kirsten Flagstad, que mandaba a algún marinero a despertarlo. También se cuenta que debiendo haber permanecido en la escena del Santo Grial en "Parsifal", el tenor abandonó el escenario para irse a jugar una partida de naipes detrás del escenario con los ayudantes escenográficos. Sólo regresó cuarenta minutos después, cuando le tocaba intervenir en un dúo.

Melchior hizo pareja con la maravillosa voz que nombré de la soprano noruega Kirsten Flagstad, dotada de un volumen descomunal que se unía a la precisión en las interpretaciones de Richard Wagner.

El repertorio italiano que siempre ha sido el favorito del público mexicano tuvo a fines de los cuarentas dos excelentes representantes que fueron Licia Albanese y Bidu Sayao. La primera era dinámica y exuberante, mientras que la brasileña con una voz más tenue se valía de sus enormes recursos de actuación para cautivarlos en

las arias de Puccini. Asimismo recuerdo aquí a la soprano croata Zinka Milanov, que nos dejó una "Salomé" inolvidable en la misma época. Hablando de sucesos para el recuerdo un artista chileno Ramón Vinay, destacó sobremedera en el primer "Otelo" de Verdi al que asistí.

De los tenores de entonces el mejor fue el sueco Jussi Björling, quien tuvo una carrera corta por lo que no pudimos verlo en México, pero los discos que le he escuchado demuestran que poseía una voz aterciopelada y brillantísima.

Volviendo a fines de los cuarentas también vino contratada a Bellas Artes la soprano coloratura Lily Pons, la cual se valía de su dulzura realizando sortilegios en el repertorio lírico italiano de Bellini y Donizetti. Desde los cuarentas se desarrollaron dos cantantes mexicanas excelentes. Ellas fueron la soprano Irma González, a la que todavía escuché en la Sala Netzahualcóyotl en una Aída hace unos cinco años y la contralto Oralia Domínguez, quien todavía mantuvo su fama internacional hasta recientemente.

El 23 de mayo de 1950 se presentó en el Palacio de Bellas Artes la cantante más importante de todos los tiempos. Lógicamente me refiero a esa extraordinaria personalidad que fuera María Callas. Puedo afirmar que su arte no ha tenido igual, porque era expresiva, perceptiva y al mismo tiempo sensible viviendo cualquier papel en que actuara como si se le fuera la vida. Su apoteosis la conquistó en una "Aída" en la cual con su voz inimitable superó al coro, a la gran orquesta con una serie de sobreagudos. Este acontecimiento nunca será olvidado por nadie y sigue hablándose del mismo casi medio siglo después.

Desafortunadamente para nosotros en México nunca vimos a la estupefanda Renata Tebaldi, pero si hemos oído sus discos y aunque no pudo compararse en cuanto a temperamento con la Callas le reconozco su exquisita voz.

En mi opinión debe figurar a la altura de las anteriores la gran soprano catalana Victoria de los Angeles. Ella jamás exageró la tonalidad poseyendo una pureza en su voz que embargaba al auditorio como si estuviera en el firmamento. Esta cantante ha seguido viniendo a México a la Sala Netzahualcóyotl y nunca pierdo ninguna de sus actuaciones.

En la época de la Callas nos visitaron dos estupendos tenores italianos. El primero fue Giuseppe di Stefano, quien a pesar de su talento exageró el rango de su voz, perdiéndola pronto. Algo parecido le sucedió a

Mario del Mónaco, quien acabó con sus extraordinarias posibilidades, lo cual fue una tragedia porque además de la belleza tonal, era un consumado actor.

Debo agregar en el artículo que en los sesentas surgieron algunos muy buenos cantantes españoles que incluían a Teresa Berganza, Alfredo Kraus, Pilar Lorengar y la mejor Montserrat Caballé quien por su obesidad reciente ya no puede cantar como heroína. Dentro de otras tesituras diré que el mejor barítono que he conocido ha sido Leonard Warren, aunque también admiré a Tito Gobbi. Excelentes bajos fueron Cesare Sieppi y el búlgaro Boris Christoff, pero el de mi preferencia es Norman Treigle. De las contraltos me gustaba sobremedera Giuletta Simionato de la que recuerdo una interpretación soberbia del "Werther" de Massenet. Mi favorita actual es Marilyn Horne con el repertorio francés.

Dos sopranos en los setentas dejaron profunda huella: Birgit Nilson y Renata Scottó. La primera tuvo una apoteosis como "Turandot" y es la mejor soprano wagneriana que conozco. En lo que respecta a la Scottó diré que poseía una sensibilidad fuera de serie en su creación de "Butterfly".

Un fracaso rotundo tuvo ante nosotros el conocidísimo Franco Corelli, aunque me gusta muchísimo cuando oigo sus discos. Otro tenor perteneciente a la escuela wagneriana que se convirtió en un favorito fue el norteamericano Jess Thomas, a quien le escuché en Bellas Artes un **e x t r a o r d i n a r i o** "Tannhäuser".

Recientemente los que somos fanáticos de la ópera hemos visto el surgimiento de tres increíbles. Ellos son: Plácido Domingo, Luciano Pavarotti y José Carreras. Entre ellos se disputan el trono operístico pero resultan muy distintos entre sí. Domingo es quien posee la mayor fuerza abarcando un repertorio amplísimo. A veces por su tesitura alcanza los tonos del barítono. En realidad se aproxima más a Caruso que ninguno. Pavarotti posee la voz más bella y suave, a la que los italianos denominan "spinto" o legato clásico, por lo que ha adquirido una merecidísima popularidad y en determinados momentos gusta más que Plácido. En lo que respecta a Carreras diré que constituye el intermedio con claridad expresiva que le lleva a poder interpretar fácilmente cualquier papel.

Puedo concluir que a lo largo de medio siglo he gozado muchísimo de la ópera y sus intérpretes habiendo escuchado a un centenar más de los que menciono.